

## “Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

### II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO

#### 28 – La derrota de los hijos del desierto

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

سيرة الظاهر بيبرس

## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”*



# II - Flor de Truhanes del Cairo

## 28 – La derrota de los hijos del desierto

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 10-11-2017  
Número de páginas: 13  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 28 – La derrota de los hijos del desierto

En el relato anterior, Baïbars reconstruyó el *sabûl*, la fuente de hidromiel, que en tiempos hubo en el muro exterior de la azucarera para beneficio de los pobres, e instituyó así una Obra Pía. En este otro episodio Baïbars se enfrentará a los hijos del desierto: los temibles beduinos, los señores de las arenas...



Un buen día en que Baïbars estaba sentado a la puerta de la azucarera, flanqueado por el *osta* Otmân, apostado de pie a su lado; divisó de pronto una nube de polvo que se levantaba por el desierto y avanzaba hacia él –ya hemos comentado que la azucarera se hallaba a las afueras del pueblo y daba directamente al desierto-. Baïbars observó atentamente, y cuando se disipó la polvareda apareció una turbamulta de beduinos, formada por unos ciento cincuenta caballeros.

- ¡En guardia, soldao, que vien los *babuínos*<sup>1</sup>! –dijo Otmân-. ¡Uy, uy, uy, nos van a vaciar los bolsillos, amigo! ¡Vamos, deprisa, nos haremos fuertes dentro la azucarera!

- ¡Pero cómo, Otmân! Tú, Flor de Truhanes del Cairo, ¿tienes miedo estando junto a tu señor Baïbars?

- ¡Eh, soldao, por el Profeta, no te cabrees! Yo sólo quería ponerte a prueba pa ver si tú tenías miedo o si seguías siendo un valiente de los de veras.

- ¡Miedo de esos bravucones, yo?

Mientras tanto, los beduinos habían llegado hasta la azucarera, siempre a todo galope. Descabalgaron y trabaron los caballos.

- ¡La paz sea con vosotros! –dijeron acercándose.

- Y que con vosotros sea la paz–respondió Baïbars.

- ¡Bien hallado seas, oh bey!

- Bienvenidos.

- Parece que te va bien.

<sup>1</sup> Otmân, utilizando como siempre sus juegos de palabras, llama a los beduinos, babuinos.

- No me va mal, gracias a Dios.

- ¿Eres tú el granjero?

- Sí.

- Entonces, ¡feliz encuentro! ¡Por Dios, qué bien se te ve!

En ese momento, Baibars se dio cuenta de que los obreros y el Hây Mohammed habían palidecido. Los beduinos se dirigieron a la fuente; se pasaron el cuenco de mano en mano, y se pusieron a beber a grandes tragos. Se bebieron todo el contenido del tanque, y si hubieran podido, se habrían tragado la azucarera entera.

- ¡Eh, por Dios, no está nada mal este *sabîl*; más dulce que el mismísimo azúcar! –y dicho esto, se tendieron a reposar cómodamente ante las narices de Baibars.

- Y bien, oh tribu de los árabes –dijo Baibars–, ¿Necesitáis algo? Hablad.

- Por Dios que sí: ¡queremos la *juwwa*, buen amigo!

- ¿Y qué es eso de la *juwwa*?

- Pregunta al sheij del Bulâq, gentil tesoro, él te explicará lo que es la *juwwa* del emir *Gad'ân*, hijo del emir *Fazzâن*<sup>1</sup>.

- No he entendido nada de nada –dijo Baibars–. ¡*Bora Otmân*!

- Aquí estoy, soldao.

- Me voy a mi cuarto. Tú, vete a ver al sheij del Bulâq y dile que el soldado responsable de la azucarera te pide que reúnas a los ancianos y te presentes aquí de inmediato.

Dicho esto, Baibars se levantó, dejando a los beduinos echados por allí, y se fue a su despacho. Esto en lo que se refiere a Baibars. Y en cuanto a Otmân, se fue todo derecho a llamar a la puerta del sheij del Bulâq; éste le abrió.

- ¡*La panza sea contigo*, Hây Mansur!

- Que contigo también sea la paz. Buenos días, Flor de Truhanes, ¿qué buen viento te trae por aquí?

- Amigo, el soldao me ha dicho que te diga esto: “Que hay unos *babuinos* que han venido a verle nel día de hoy, y que tú tiés que ir con los ancianos del pueblo, el Hây Nassâr y el Hây Nasîr, y

---

<sup>1</sup> El emir “El Bocazas”, hijo del emir “El Mal Cebao”.

también el Hâŷ Nâser y Abu Mansûr, sin olvidarte del noble Abu Mansûrah Nasr<sup>1</sup>. Vamos, que vengáis vos.

- Muy bien, Otmân, vamos en seguida, por mi cabeza y mis ojos.

- Y no vayáis a tardar, ¿eh? ¡O te juro que os rebano el pescuezo!

- No, por favor, Otmân, allí estaremos sin falta.

El sheij del Bulâq se fue a reunir a los ancianos del pueblo, y llegaron a la azucarera; se presentaron ante Baïbars, diciendo:

- Que la paz sea contigo.

- Y con vosotros sea también la paz. Buenos días, padre mío.

- Buenos días, soldado, buenos días.

Baïbars les invitó a que se sentaran y mandó que les sirvieran unos refrescos.

- ¿Qué sucede, soldado? -le preguntaron-. Nos has enviado a buscar con Otmân...

- ¿Habéis visto a esa gente que está a la puerta de la azucarera, los beduinos?

- Oh, sí, les hemos visto, ¡ojalá y que se los lleve la peste, y las siete plagas de Egipto nos libren de ellos!

- ¿Y qué es lo que quieren?

- Esa gente es una auténtica calamidad, soldado, ¡que Dios te proteja!

- ¿Y eso por qué?

- Roban los bienes de la gente y luego los matan, y nosotros no podemos hacer nada contra ellos. Lo quieras o no, tendrás que pagar.

- Pero ¿pagar el qué?

- Nosotros les tenemos que abonar unos impuestos, y tú también, y todos los habitantes del pueblo. Conocen a todo el mundo y cada uno tiene que aportar cierta suma fijada por ellos. De modo que esta azucarera, de toda la vida, y de padre a hijo, les debe entregar cada año veinte cargas de azúcar.

- ¡Y vosotros les dáis todo eso?! -exclamó Baïbars.

---

<sup>1</sup> Juego de palabras habitual en Otmân, en este caso con la raíz verbal NSR “vencer”.

- ¡Oh, no de buena gana, desde luego! Pero si no pagamos, envían a sus camellos a las plantaciones de caña de azúcar, ¡y ahí que arranco, acá que pisoteo, allá que corto; echan todo a perder! Cuando tratamos de discutir con ellos, nos rechazan, y cuando encuentran a un hombre solo, lo matan, pues no temen ni a Dios ni a Su Profeta.

- ¿Y por qué no os quejáis ante el sultán?

- Y aunque nos quejáramos, ¿de qué serviría? Acaso, soldado, no conoces el proverbio: “Al que puede arrasar todo y levantar el campamento al día siguiente, no le opongás resistencia” Aunque enviaran un ejército tras ellos, en cuanto creyeran que podrían estar en desventaja, se internarían para esconderse en el desierto. El ejército no se puede quedar todo el tiempo aquí, y esa gente no es temerosa de Dios. Lo único que se puede hacer es engatusarles, y darles dinero a cambio de nuestras vidas; pues el dinero que se pierde, se encuentra; pero el alma que vuela, parte sin poder retornar.

- Está bien –dijo Baibars-. Pues yo, quiero que me busquéis entre los jóvenes del Bulâq un centenar de buenos mozos que no le tengan miedo a nada y sepan manejar el garrote.

- De acuerdo, soldado, pero ¿para qué?

- Pues porque yo, a esa gente y a los que son como ellos, no les pienso dar ni un céntimo por mi rescate: y ya veremos lo que pasa.

- Soldado, si tú no quieres pagar, es cosa tuya; pero nosotros no podemos hacer lo mismo.

- ¡Qué me insinuáis, desgraciados! ¡Entregar de ese modo los bienes a un perro; a un salteador de caminos sin ningún derecho a ello! Yo; yo mismo les moleré a palos, los rechazaré, no dejaré ni a un solo beduino rondar por aquí, ¡como que me llamo Baibars que lo haré! Y todo esto caerá sobre vuestras cabezas, porque sé muy bien lo que le diré al sultán. Sí, porque vosotros habéis consentido todo esto; ¡sí! ¡vosotros sois los que os habéis compinchado con ellos para robar a la gente honrada!

- ¡No! ¡Por tu honor, no hagas eso, soldado! Por el Secreto de la Dama; haremos lo que nos ordenes cuando tú quieras.

- A las tres quiero a los hombres aquí, en la azucarera. Que entren por la otra puerta, la que da al pueblo, y sobre todo que los beduinos no los vean.

- Muy bien –respondieron.

Mientras hablaban de ese modo, el hijo del emir, que se llamaba Hâŷ Yâsem, irrumpió en la estancia, acompañado por diez de sus acólitos.

- ¡Salud! –bramó.

- ¡A escondernos, soldado, que ya están aquí! –gritaron los notables del Bulâq.

- No tenéis nada que temer de ellos –respondió Baibars-. ¡Salud, tribu de los árabes!

- Que tengas un buen día, oh bey, hombre de elevado linaje.

Y sin más ceremonias, haciendo como si estuvieran en su propia casa, se tumbaron tranquilamente y se dispusieron a relajarse, cómodamente repartidos por el suelo. Esa falta de educación molestó mucho a Baibars, acostumbrado como estaba a los buenos usos y modales cortesanos.

- Y bien –les dijo-, ¿qué es lo que queréis?

- Oh, bey, queremos la regalía y la *juwwa*, y te deseamos un próspero y feliz año.

- La regalía ¿de qué?

- Cada año, se nos entregan veinte cargas de azúcar de la mejor calidad de esta azucarera. Pero este año, serán cuarenta, porque la cosecha ha sido buena. ¡Ojalá que siempre puedas tener buenas cosechas!

- ¿Y cómo váis a pagar?

- ¿Qué son esas palabras malsonantes, oh viento molesto? Parece que tienes prisa en ver el color de nuestro dinero.

- ¡Así que queréis todo eso a cambio de nada!

- ¿Es que andas mal de la cabeza, mocosuelo? El azúcar es nuestro.

- Perros beduinos –gritó Baibars-. ¿Desde cuándo este azúcar es vuestro? ¡Estos son bienes del Estado, bienes del sultán!

- ¡Pobre imbécil! ¡Así revienten el sultán, el visir y todo su Consejo! ¡Todo esto pertenece al emir *Ya'is*<sup>1</sup> de toda la vida, y éste es su hijo, el Hây Ýâsim! ¡Entérate de una vez por todas!

- Pues lo que es yo, no os voy a dar el azúcar. Lo único que tengo que pagar son los impuestos del Estado, y no sé nada de todas estas historias. ¡Venga, *usta*, todo el mundo en pie y largaos a vuestros asuntos!

- ¡No me digas! ¡niñato!

---

<sup>1</sup> “Holgazán, perezoso, vagabundo”

- ¡*Hayde sekter* cerdo, maldito pagano, palurdo! –exclamó Baïbars que comenzó a hablar en turco.

- Eh, ¿qué es esto? pero si es un turco, ¡adiós a nuestras judías! Escucha, bey, por el honor de los árabes, vas a darnos lo que te pedimos, o te cortamos la cabeza y te arrancamos las tripas.

- ¡*Bora Otmân!* –gritó Baïbars.

- Aquí estoy, aquí estoy, soldao –respondió éste.

- ¡Échame a todos estos fuera de aquí! ¡*Usta, qaldarchtou dachri fellahler* maldito!

Otmân entró.

- ¡Venga, levantaos, puñao de cabroncetes! –les gritó-. Éste no sabe na de na de babuinos; es un turco de los de *albondiguilla* y ahora mismo os va a liquidar con ella en menos que canta un gallo.

Los beduinos se marcharon lanzando insultos y maldiciones a diestro y siniestro.

- Soldado, ¡que Dios te de la fuerza! –respondieron-. Pero mucho nos tememos que no te vayan a tender una emboscada.

- ¡No se atreverán! Marchad ahora a hacer lo que hemos convenido.

Los notables se fueron. Los beduinos se reunieron en consejo, y decidieron advertir al emir para que reuniera a todos los hombres de la tribu: secuestrarían al “bey”, cogerían todo el azúcar y robarían a los habitantes del Bulâq. Mientras andaban rumiando estos siniestros propósitos y enviaban un emisario a su emir; Baïbars estaba sentado tranquilamente en su despacho, haciendo como que se desinteresaba de la situación.

A las tres, los mozos se presentaron ante Baïbars; todos ellos eran jóvenes, de los que profesaban amor al Profeta, armados de pies a cabeza y cubiertos de cotas de malla de triple grosor.

- ¡En buena hora! –exclamó Otmân-. ¡Ahora somos nosotros los que vamos a vaciar la bolsa a los *babuinos*, igual que querían hacernos ellos!

- Otmân –dijo Baïbars-, coge contigo a estos jóvenes; salid y formar en pelotón. En cuanto me oigáis gritar, os reunís conmigo, y así impediréis que esos malditos se pongan a salvo y monten en sus caballos.

- ¡Mu bien, por tus bellos ojos, soldao!

Salieron, e hicieron lo que Baïbars les había ordenado. Mientras, éste se levantó, cerró la puerta de la azucarera, y disimulando su *lett*<sup>1</sup> bajo la capa, se fue ante los beduinos. Estos estaban todos reunidos en asamblea; las gentes del Bulâq les tenían tanto miedo, que les habían llevado comida y forraje para los caballos, prometiéndoles que reunirían la *juwwa*.

- ¡Qué desgracia la de ese soldado! –se decían entre ellos-. Esta noche los beduinos le van a matar. ¡En fin, él se lo ha buscado!

Baïbars se llegó hasta ellos.

- Pero bueno –les dijo-; ¿aún no os habéis marchado? ¡Vamos, montad, y dejad de ocuparme todo el suelo!

- ¡Pobre idiota, estás mal de la cabeza, niñato! ¡Queremos la *juwwa*, el dinero, la ropa, el azúcar, el trigo, y la cebada, y queremos tu sangre!

- ¡Atajo de perros! ¡Si queréis algo, aquí estoy yo! ¡Venga, acercaos, valientes, y veamos qué sabéis hacer!

El hijo del emir, Ýâsem El-Ýâsem, se levantó y se lanzó sobre Baïbars espada en alto, gritando:

- ¡Hijo de turco, quién te crees que eres, hijo de una ramera! ¡Voy a cortarte la cabeza!

Pero Baïbars ya había parado el golpe de un revés con su *lett*.

- ¡Perro beduino! –exclamó- ¿Qué miserable golpe es ese? ¡Toma, detén si puedes este otro!

Y golpeándole de arriba abajo con su *lett*, lo tumbó por tierra con el cráneo destrozado.

- ¡Han atacado a Ýâsem El-Ýâsem! –gritaron los beduinos-. ¡Rápido, a rescatarle! ¡A las armas!

Se levantaron todos y avanzaron hacia Baïbars, rodeándole por todas partes, clamando venganza, y cada cual pregonando su nombre:

- ¡Yo soy Aju Mirrish!

- ¡Yo, Aju Jashma!

- ¡Yo soy Râ’î El-Jodra!

- ¡Y yo, Abu ‘Amsha!

- ¡*Hayy kafer kedi* malditos! –gritó Baïbars arrojándose hacia ellos y empuñando su *lett*.

<sup>1</sup> Lett: es la maza que usa Baïbars como arma de ataque, y a la que Otmân, por su forma redonda, llama “albondigilla”.

- ¡*Bora Otmân!*

- ¡Aquí me tienes, soldao! –rugió éste último haciendo girar su garrote como un trompo-. ¡En guardia, *babuínos*, ésta va a ser hoy vuestra fiesta, atajo maricones! ¡Eh, valientes; aquí, mis truhanes, venid que yo os eche un ojo! ¡Eh, Hijo La Larga, hermano mío, vente pacá! ¡Tú, Medio Mundo, acércate! ¡Eh, Cabezón, p'alante! ¡Eh, Dos Espadas, que no te veo! ¡Acercaos, compadres, dadles su merecido, rebanadles el pescuezo, vaciadles las bolsas, y sacuidiles una buena paliza a estos piojosos! Yo soy Otmân, Hijo de la Gorda, el que habita en el Magâra junto a la Gran Tumba, allí donde hay una peña.

Y comenzó a luchar con el garrote entre los beduinos. A cada golpe que daba, abatía a un hombre y lo dejaba destrozado en el suelo; eso sin contar que sus aullidos y aporreos desconcertaban al enemigo. Los beduinos se vieron rodeados por todas partes, y sin poder ir en busca de sus cabalgaduras. Y se decían unos a otros:

- Ay ¿quién es este demonio? ¡Qué mala suerte! Tal vez sea un genio surgido de la tierra. Uy ¿y qué es ese garrote que lleva en la mano y que hace girar como si fuera una peonza? ¡Pero qué desgracia! ¡Sálvese quien pueda!

Los que consiguieron llegar hasta sus caballos pudieron salvarse; pero los muertos, allí se quedaron, y los malheridos y apaleados, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron ni ponerse en pie. Otmân los desvalijó a todos y cogió sus armas. También capturaron sus caballos. Baïbars ordenó que todos los que aún estaban vivos fueran atados a los muros de la azucarera; algo que llevó a cabo Otmân con sus propias manos.

Al día siguiente, Baïbars, al despertarse, vio todo el campo repleto de beduinos que marchaban hacia él; había cuatro emires con sus hombres, que habían venido para vengar y restaurar su honor. Pero las gentes del Bulâq, al ver el arrojo de Baïbars, había recuperado el coraje y, sabiendo de antemano que los beduinos no iban a dejar de volver contra ellos, se dijeron:

- ¿Hasta cuándo vamos a soportar las humillaciones de esos perros, y a regalarles nuestro dinero?

Ellos también iban armados, habían cogido sus caballos y se dispusieron a vender caras sus vidas.

Cuando Baïbars vio llegar la vanguardia del enemigo, llamó al *osta* Otmân y a sus valientes; les ordenó que se apostaran alrededor de la azucarera y que no dejaran acercarse a nadie. Luego, montó en su caballo, empuñó una lanza, y se ciñó la espada a la manera beduina.

- ¡Pero soldao –exclamó Otmân-, dime, ¿es que te vas a batir tú solo con los babuinos? ¡Me temo que te van a medir las costillas!

- El que implora la ayuda de Dios no necesita a nadie, Otmân. Hoy, vas a ver de lo que es capaz Baïbars.

Dicho esto, se arrojó contra la vanguardia de los caballeros, la atropelló y la dispersó. El grueso del ejército beduino venía detrás; Baïbars se introdujo allí como en un trozo de mantequilla, dividiendo las filas y dejando el suelo regado de cadáveres. Los beduinos se reagruparon contra él, atacándolo por todas partes; buscándole con sus aceradas lanzas y sus tajantes sables, dándose coraje a gritos y bramidos, llamando a la venganza de Ýâsem El-Ýâsem. Pero Baïbars se elevaba por encima de ellos amenazante como una nube, y cargando cual león furioso.

En esas estaban cuando llegó un ejército de caballeros, al grito de “¡Por tus bellos ojos, soldado!”. Era la milicia del Bulâq. Venían porque Otmân había dejado la vigilancia de la azucarera en manos del Hijo de la Larga y de algunos de sus truhanes y, con el garrote al hombro, acompañado de Medio Mundo y del resto de sus hombres, había entrado en El-Bulâq al grito de:

- ¡Hoy es vuestro día de fiesta, panda cabroncetes! ¡A ver, qué pasa! ¿Es que no tenéis na entre las piernas? ¡Tos los *babuinos* le han caído al soldao encima, y quieren cargárselo; él está haciendoles frente solo, y mientras, vosotros, aquí tan tranquilos! Pero ¿qué os habéis creído? ¿Que se está batiendo el cobre por defender a su mujer o a sus hermanas? ¡Vamos, venid rápido en su ayuda, porque como no vengáis, por el Profeta, que os rebano el gaznate!

En ese momento, la milicia del Bulâq, formada por notables y hombres valientes, se puso en movimiento y salió a pelear al grito de:

- ¡Nos ponemos bajo tu protección, oh Dama, oh Protectora del Cairo!

Tenían miedo de que los beduinos mataran a Baïbars, y después invadieran el Bulâq para saquearlo. Pero cuando se aproximaron y vieron que éste último llevaba ventaja sobre los beduinos; los había dispersado, como el estornino dispersa a las langostas, y que los traía a raya como un león furioso a una manada de lobos, entonces, se envalentonaron, diciéndose:

- ¡Por el Secreto de la Dama, este soldado es digno de dirigir todo un ejército. *Mâ shâ Allâh!* Que las plegarias sean sobre el Profeta –y cargaron diciendo–: ¡Oh *Sayyid ô sayyid*, oh Padre de la liberación! ¡Ven en nuestra ayuda, o sheij de los árabes! ¡Socórrenos, oh León de Tantah, oh Liberador de cautivos!

El râwy nos cuenta que entonces cargaron a fondo, y que se entabló una batalla terrible. Los beduinos se reagruparon y avanzaron como una fila de hormigas, y el emir Baïbars y la milicia del Bulâq estaban cediendo ante el numeroso ejército de los beduinos, cuando de pronto Baïbars divisó, saliendo del corazón de la estepa, a dos caballeros que avanzaban a galope

tendido. Uno de ellos llevaba el rostro oculto<sup>1</sup>; el otro era el mismísimo rey El-Sâleh. Blandían sables de madera y gritaban:

- ¡*Hayah!* ¡Por la protección de Dios! ¡Adelante, por el honor de Dios! Tu protección, oh *sayyid* Habîb El Naŷyâr! ¡Nada temas, Baibars! ¡Lucha, la victoria está ante ti!

Y diciendo esto, El-Sâleh embistió por el ala izquierda, mientras el otro caballero hacía lo propio por la derecha, y los dos realizaron tales prodigios que sería imposible describirlos. Los beduinos, rotas sus filas, atacados por todas partes, volvieron grupas, buscando en la huida su salvación; con lo que el combate, a falta de combatientes, se dio por zanjado.

Baibars quiso entonces poner pie en tierra para besar los estribos de El-Sâleh; pero por más que le buscó no consiguió encontrarle: había desaparecido, al igual que el segundo caballero. Más extraño todavía, ninguno de los habitantes del Bulâq los había visto. De modo que Baibars comprendió que había sido una intervención mística del rey, y no comentó esto con nadie; pues desvelar el Secreto es un crimen terrible, y entre los místicos, una mala acción, ya que el Secreto sólo debe quedarse entre el hombre santo y Dios.

Entonces regresó, recogiendo todos los despojos de la batalla. Mientras tanto, Otmân había recuperado la ropa de los muertos, reunido los caballos y el botín, y se fue al Cairo para dejarlos en el palacio de Naŷm El-Dîn.

Los notables del Bulâq se llegaron hasta donde estaba Baibars y le felicitaron por su victoria, con grandes alaracas.

- Soldado –dijeron–, que el Buen Dios te conceda larga vida por habernos librado de nuestros enemigos. Esos que nos estaban chupando la sangre. ¡Sólo a los valientes les sonríe la victoria! En un trance como éste hace falta sangre fría.

- Quedad tranquilos, ninguno de esos perros volverá a reclamaros la *juwwa*.

Entonces le organizaron un espléndido banquete, y desde ese día le tomaron un gran afecto y le consideraron como uno de los suyos, y se quedó allí con ellos y con sus truhanes.

Cuando Otmân se presentó con el botín, la buena nueva llegó hasta Naŷm El-Dîn, advertido por El-Sâleh de que había derrotado a los beduinos rebeldes.

- ¡Allâh, Allâh, oh Eterno! ¡Escucha, Shâhîn, escucha! ¡Hermano, desde luego que tu amigo no es un cualquiera! ¡Por la majestad del Señor, es un buen apoyo. ¡Ojalá y que Dios le conceda cuanto deseé! ¡Que Dios le recompense de sus penalidades! Ha vencido a los beduinos que nos

<sup>1</sup> Ese misterioso personaje, que nunca ha sido identificado, seguro que se trata de Sayyid Ahmad El-Badawî, que por entonces era el *Qutb* (el místico “emir oculto”)

causaban tantas preocupaciones. Ruega por él, cadí, ruega por él, tú que tanto le amas. Oh, sí, bien me sé yo que tú y el emir Aibak le tenéis en muchísimo aprecio.

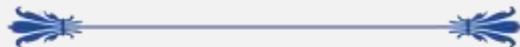
- Desde luego, desde luego, oh poderoso rey –respondió el cadí-. Nunca me llamó tanto la atención ni me gustó tanto que el día en que mató al agha de la voirie, librándonos del que resultó ser un maldito infiel.

Mientras, Aibak murmuraba en un aparte:

- ¡Allah bala versen! Este rey loco, en la cabeza nada, nunca nada de nada.

Esto es lo que pasó con El-Sâleh, y en cuanto al emir Baibars, pasaba sus días tranquilamente en la azucarera del Bulâq, en donde ni un solo beduino se atrevía a asomar la nariz, tal era la reputación y el miedo que inspiraba Baibars.

# FIN



Próximo episodio...

29 - Historia de Sirhân o la fuerza del mal